

El personal académico de las universidades

Humberto Muñoz García*

El modelo de desarrollo que se sigue en México, vinculado a la globalización de la economía, supone la generación, absorción y aplicación de conocimientos. Implica, por tanto, contar con recursos humanos que hayan hecho estudios profesionales y de posgrado. Los datos del último Censo de Población indican que el tipo y monto de dichos recursos es insuficiente para las necesidades que tiene el país, y que su distribución geográfica es desequilibrada.

Entre otras, éstas son razones de peso para que se piense en la necesidad de una nueva ola de expansión de la educación superior. Este nivel, además, tendría que aumentar su oferta por estar sujeto a presiones considerables de la demanda, a raíz del paso con el que continúa la urbanización, los cambios en la estructura por edades, que implican una mayor presencia de jóvenes, y las elevadas expectativas que tiene la población de todos los estratos sociales para que sus descendientes tengan acceso a una universidad.

A muchos les asusta la idea de que el nivel educativo superior se expanda de nuevo y que en el corto plazo tenga que formularse la relación laboral, para evitar el desperdicio de recursos financieros, descontrol político y estancamiento de las instituciones. Ha habido costos muy caros, pero también aprendizaje para enfrentar tendencias coyunturalmente consideradas adversas. Esto puede ser útil en el futuro para romper el falso dilema entre crecimiento y calidad, que es el gran reto político a superar.

Contender con el crecimiento de la matrícula y dar una educación cada vez de mayor calidad requiere un personal académico apto y suficiente, dispuesto también a ejercer su profesión con el compromiso e interés de movilizar cognoscitivamente al estudiantado y de producir conocimiento riguroso que haga avanzar la academia y coadyuve a la solución de problemas nacionales. De ahí que a los académicos se les reconozca como el actor estratégico que posibilitará los cambios educativos futuros y, por tanto, que sea necesario registrar cuál es su situación, características y problemas actuales, algo más allá del argumento del mal pago. A continuación presentamos algunas informaciones y reflexiones con el ánimo de promover la discusión y dar la debida atención a este sujeto educativo.

Algunas tendencias y características de los académicos

El desarrollo, superación y crecimiento de la planta académica de las Instituciones de Educación Superior (IES) se ha dado, recientemente, en un contexto de aumento, diversificación, heterogeneidad, desigualdad y complejidad institucional. Recuérdese, por ejemplo, que en 1960 sólo había 57 instituciones registradas, mientras que en los noventa la cifra rebasaba las 400. Todavía en el decenio pasado se mantuvo la tendencia a elevar la oferta educativa con la creación de instituciones públicas, en parte por la desconcentración de la matrícula, aunque el mayor crecimiento institucional estuvo basado en las de carácter privado, que en el periodo de 1980 a 1992 se constituyeron en mayoría, incrementaron su representación en la matrícula total (hasta llegar casi a un quinto) y absorbieron aproximadamente al 30 por ciento de los estudiantes que se agregaron en ese lapso.

A la fecha, varios estudios han dado cuenta de las repercusiones que ha tenido el despliegue institucional sobre la base de los académicos. Estos pasaron de representar alrededor de 70 mil, en 1980, a más de 113 mil en 1992. La ma-

yor parte de este grupo se ubica en las IES públicas, que también recibieron la carga más elevada de su crecimiento. Sin embargo, en las privadas se duplicó su número hasta alcanzar casi un cuarto del total de la planta académica del país. Este rasgo de la estructura educativa convirtió a estas últimas en un mercado laboral de gran importancia para el ingreso de nuevos académicos, estimuló la movilidad de profesores e investigadores de las públicas a las privadas (principalmente de doctores, titulares y científicos sociales) y estratificó, sobre

miento, ilustran las enormes desigualdades que todavía subsisten y sugieren la necesidad de atender, a lo largo y ancho del territorio, los desequilibrios entre profesores y estudiantes y los desajustes entre la oferta y la demanda educativa, en el contexto particular de la realidad demográfica, económica, social, política y cultural de cada región del país. Una mayor expansión de la oferta debe tratar de reequilibrar la distribución de oportunidades para no fortalecer más el centralismo y romper la inercia a la concentración.

intereses de las comunidades con aquellos que regulan sus prácticas de trabajo. Crear, innovar, madurar lo que se hace, involucrarse en proyectos trascendentes de mediano y largo plazos, son aspectos que ahora se dificultan por la cuantificación de resultados que examinan agentes u organismos en los que no necesariamente se ejercita el juicio de pares. Con todo, se ha trastocado la carrera académica, sus pautas, ritmos y las jerarquías que establece y, en consecuencia, las relaciones de autoridad entre las comunidades y sus directivos.

En suma, podría decirse que actualmente se corre el riesgo de que continúe en descenso la identidad de los académicos con los valores institucionales, y que los méritos verdaderos de quien enseña e investiga dejen de ser el motivo central de la superación académica o del logro de un prestigio fundado en una producción y transmisión rigurosa del conocimiento.

Una nota final

Según lo expuesto, es impostergable la formulación e implantación de una política que revalore en términos objetivos el prestigio social de los académicos y que fortalezca el *ethos* y el orgullo de su actividad. Si en el futuro se abren — como es de suponer — más oportunidades para obtener educación superior, tendrá que remontarse la dualidad de una base académica con personas de alto nivel que tienen presencia nacional e internacional y un conjunto mayoritario de otras que practican la docencia y la investigación sin grados ni condiciones adecuadas de trabajo.

Equilibrar las posibilidades de competencia de las instituciones y de los académicos parece un lineamiento recomendable para obtener un mayor provecho de lo que ya se tiene y se ha formado en México. Este es, además, un prerrequisito del cual debe partir cualquier incremento del servicio educativo. En esta dirección, el posgrado nacional juega uno de los papeles más importantes para superar académicamente los recursos con los que ya se cuenta y para formar otros que den sustento a la presión de la demanda escolar y renueven la planta académica. Asimismo, es indispensable fortalecer al bachillerato por las ventajas que podría tener sobre la docencia en la licenciatura y el posgrado.

También es necesario instaurar una política coordinada de educación superior y ciencia, con criterios flexibles para organizar y evaluar los resultados del trabajo académico; que abra posibilidades a las instituciones para renovarse y crear un clima de autonomía y confianza a la vida intelectual. Con ello será más factible estimular y privilegiar la calidad, retomar las jerarquías de prestigio que van implícitas en la carrera académica y refrendar los compromisos con la planta docente y de investigación. Además, en los ejercicios de evaluación debe remontarse el enfoque centrado en el individuo, para pasar a otro en el que al académico se le juzgue en el marco de sus condiciones institucionales. Una política centrada en las instituciones tiene más posibilidades de éxito para superar la situación actual de la academia mexicana.

Finalmente, las recompensas e incentivos pueden auxiliar más a la recuperación de la identidad académica si, a partir de ingresos remuneradores, se integran en una política que los diversifique. Esto es, que además de pagos adicionales incorporen medidas de reconocimiento, satisfactorios y privilegios por el cumplimiento ejemplar de las actividades, que a su vez redunden en mejoras de las condiciones de trabajo. No hay nada más importante para un académico competente que el reconocimiento a la importancia de su labor. En las universidades e instituciones de educación superior, tenemos la esperanza de llegar a una vida académica más plena □

Región	1989 Matrícula de Licenciatura (1)		1989 Personal académico (2)		1989 (1) / (2)
	Total	(%)	Total	(%)	
Centro Sur	346,658	32.4	44,637	42.8	1.32
Norte	171,959	16.1	15,879	15.2	.95
Golfo Centro	166,941	15.6	13,295	12.8	.82
Occidente	108,272	10.1	6,944	6.7	.66
Pacífico Centro	58,108	5.4	4,585	4.4	.81
Centro	55,574	5.2	4,889	4.7	.90
Pacífico Norte	58,737	5.5	5,177	5.0	.90
Centro Norte	30,443	2.8	3,081	3.0	1.04
Pacífico Sur	45,595	4.3	3,092	3.0	.70
Sureste	27,278	2.6	2,628	2.5	.99
Total Nacional	1,069,565	100.0	104,207	100.0	1.00

Fuente: Elaborado con datos de Manuel Gil Antón, et. al., "La educación superior en cifras. Estudiantes y profesores en la década"; en *Universidad Futura*, vol. 2, núm. 5, otoño 1990. Fuente primaria: Anuarios ANUIES, 1980-1989.

Nota: Las entidades que integran cada región son: Pacífico Sur: Chiapas, Guerrero y Oaxaca; Golfo Centro: Hidalgo, Puebla, Tlaxcala y Veracruz; Centro Norte: San Luis Potosí, Zacatecas; Centro: Guanajuato, Michoacán, y Querétaro; Sureste: Campeche, Quintana Roo, Tabasco, y Yucatán; Pacífico Centro: Durango, Nayarit y Sinaloa; Occidente: Aguascalientes, Colima y Jalisco; Norte: Coahuila, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas.

todo salarialmente, al conjunto.

Además de lo anterior, la planta académica actual se conforma predominantemente por personas con licenciatura, orígenes sociales de bajo o mediano capital cultural y por una cada vez mayor presencia femenina. Aproximadamente dos de cada tres son profesores de asignatura, y su peso es mayor en las escuelas privadas que en las públicas.

No obstante, a medida que pasa el tiempo, la tendencia a la profesionalización de los académicos ha seguido una pauta inexorable. En 1970 sólo 8.1 por ciento de la planta tenía nombramiento de tiempo completo. La cifra se duplicó en el transcurso del decenio. Y todavía en el periodo de la crisis hubo un crecimiento sustancial, hasta llegar al 27 por ciento en 1992. Cabe hacer notar que aun en las universidades de gran tamaño, como la UNAM, se hizo presente la tendencia en favor de los docentes de carrera respecto a los investigadores.

Otro de los rasgos sobresalientes del acelerado crecimiento del cuerpo académico, es que ocurrió en una estructura educativa que ha mantenido la desigualdad de oportunidades entre regiones en medio de una presión desregulada de la demanda. Si bien ha habido mejoras en la distribución de los servicios educativos en el territorio nacional, hasta fines de los ochenta persistía una desequilibrada concentración de la planta académica en las regiones más favorecidas educativamente. Además, lo que ilustra una primera mirada a la información es que los desequilibrios que reproducen la desigualdad tienen una presencia más fuerte en aquellas regiones donde faltan más profesionistas.

En 1989, 58 por ciento de todos los académicos se ubican en las regiones centro, sur y norte, que incluyen al Distrito Federal y a Monterrey. En la primera, había 7.8 estudiantes matriculados por profesor. La planta académica alcanzó 42.8 por ciento del total mientras que la matrícula registró a 32.4 por ciento de los estudiantes. En contraste, en la región Pacífico sur (Chiapas, Oaxaca y Guerrero) había 14.7 estudiantes por académico y tenía 4.3 por ciento de la matrícula y 3 por ciento de la planta (véase cuadro). Estos datos, sin mayor refina-

Visiones plurales, fragmentación de propósitos y falta de identidad

El continuo crecimiento de este personal, su distribución territorial, la diversificación y disparidades institucionales han sido elementos importantes para romper la homogeneidad del estatus de académico, al tiempo que se implantaron condiciones y posibilidades muy distintas para realizar este tipo especial de trabajo. En la diferenciación han actuado también las políticas de evaluación, estímulos e incentivos, al propiciar la concentración de los ingresos en el grupo y la falta de organización en agrupaciones gremiales, asociaciones, colegios o sindicatos que tengan presencia nacional y sirvan como interlocutores reales y confiables de quienes diseñan y aplican las políticas educativas. Así, entre los académicos existe una gama de valores y percepciones respecto al significado de su labor y visiones plurales — a veces encontradas — sobre cómo desarrollar, organizar y hacer funcionar las instituciones, su papel y responsabilidad frente a la sociedad, y también sobre las formas de participación en la vida colegiada de las universidades y en la toma de decisiones.

Entonces, hay dos procesos combinados: uno que jerarquiza, estratifica y divide a la planta académica, y otro cuyos orígenes están en los movimientos sindicales de los setenta, que la fragmenta en cuanto a la definición de objetivos y metas deseables para la educación superior y respecto al papel que debe desempeñar la universidad ante los cambios sociales. Ambos procesos fueron reforzados en los ochenta por la pérdida del valor social de las instituciones públicas y de la actividad académica, así como por las políticas de incentivos a la productividad que, en ocasiones y entre algunos sectores de la academia han dado como resultado atomización de esfuerzos, desánimo, falta de identidad y de compromiso con las tareas docentes y de investigación.

En diversas instituciones se ha hecho de lado la vida colegiada, se ha perdido de vista que la producción y transmisión de conocimiento son labores eminentemente colectivas y de retroalimentación, y han dejado, por tanto, de coincidir los

*Director del Centro de Estudios Sobre la Universidad.